

Al empezar un año nuevo, todas las revistas, sean de lo que sean, publican horóscopos, recomendaciones y un sinfín de ideas para 'ser felices en el nuevo año'.

En concreto las revistas de Feng Shui se llenan de remedios y nuevos amuletos con los que atraer las 'buenas energías' a nuestra vida.

Con tantos como hay, es casi imposible no ser feliz. Y, sin embargo, no lo somos.

¿No será que no es ahí donde está la solución?

Por suerte, hay otras corrientes dentro del Feng Shui que no tratan de vendernos remedios milagrosos que, más que protegernos, nos debilitan al crearnos dependencias basadas en el miedo a las 'malas energías'. Estas corrientes parten de una visión donde la responsabilidad personal, el autoconocimiento y la conexión con la Tierra son la base para recorrer el camino de la vida.

Recibí de mi maestro este relato durante mi formación en Feng Shui. Y, de muchas formas, reconozco su esencia en las prácticas de la Escuela con José Sánchez: en los seminarios, en los grupos de trabajo, en las meditaciones, en el Ritsu Zen... A nivel personal, especialmente cuando Camino en la montaña.

Espero que os guste.

¿Probaste a respirar el viento en lugar de esconderte de él?

Susana del Peso.

Madrid, 17 de enero de 2010.

Cielo y Tierra

I

Las montañas han desaparecido entre nubes blancas y altas, que luego se han quedado tan inmóviles, escondiéndolas, como si aquellas nunca hubiesen existido. El cielo se ha oscurecido anunciando que se avecinaba tormenta, lo que hace todavía más destacable el vuelo de las nubes. En las laderas, como un vagabundo errante, la nostalgia se ha adentrado en el bosque buscando una morada pasajera entre las piedras, entre los árboles, escudillando hasta el último rincón de aquél paraje solitario. No sabe si esta tristeza ha sido la que ha tocado al álamo, pero sus hojas se han marchitado y está cayendo al vacío.

Agotado el Sol, con la última fuerza que le quedaba, ha dibujado una estela rosada en el Cielo, un rastro muy alargado que no sabes qué puede significar. La luz ha perdido su calidez y se ha vuelto blanquecina y fría, tan fría como el metal en noche de invierno.

Tú sólo estabas allí y todo esto te ha pillado por sorpresa.

De pronto la tarde se ha ido y te ha dejado sola. La Luna surge del horizonte, el Cielo se tornó negro azulado y ha sido entonces cuando las nubes se han inquietado buscando en el movimiento la manera de permanecer en el escenario espacial. Entre sus formas has visto un caballo, un río, una cascada, una cara, un prado nevado y deshabitado, un columpio... hasta que la luz lunar ha traspasado la nube, como una linterna, alumbrando todos los recodos, buscando.

El viento frío te ha rodeado con sus brazos de soledad y tristeza. ¿Dónde se han ido los grillos?, preguntas. Hoy, ni siquiera ha candado el búho. Es la primera vez que estás sola en la montaña, tú y ella. El viento silba con fuerza pero si acaso se escucha algo, parece un llanto, un bebé que llora a lo lejos, aunque simplemente debe ser el viento soplando entre los pasos de roca, deduces. En realidad eres tú quien debería estar llorando como el bebé abandonado por sus semejantes en el bosque. Pero no, ¿por qué no lloro? Y es que, a pesar de la tristeza, eres feliz, por eso no lloras: una emoción extraña, como si algo que todavía está contigo, fuese a partir irremediablemente hacia la disipación.

La Luna ya ha escalado las nubes y ha saltado al vacío celeste siguiendo su elipse. Vuelves a escuchar el llanto en el bosque. Debe ser el otoño, dices. La luz lunar, metálica y blanquecina, te abraza porque sabe que todavía eres una bebé, y la Tierra también; es por eso que lo que se escucha no puede ser tu llanto. ¿Será que se ha anticipado el otoño?

II

- ¿Cuándo haremos algo de Feng Shui en mi casa? –preguntas al viejo Kun Shen expresando anhelo y reproche.
- Llevamos casi dos años haciendo cosas en tu casa -dice el anciano sorprendido.

Ante cortante respuesta, rescatas el silencio y repasas tus acciones en la casa para reparar si hay algo que se te escapa.

- Tan sólo he vaciado la casa de trastos y recuerdos –le dices desconcertada.

Todo este tiempo has estado deseosa de situar móviles, cuarzos, ideogramas, colores y plantas en el piso de acuerdo a las normas del Feng Shui, que se suponen elementos indispensables para armonizar el hogar. Pero Kun Shen siempre evadió ese tema, incluso te recomendó que no hicieses nada más que vaciar tu entorno y que olvidases todo lo demás.

El viejo toma tu cara con sus manos para que no escapes a su mirada.

- Creía que lo habías entendido –dice.
- Entender qué –preguntas molesta.
- ¿Qué crees que hemos estado haciendo todo este tiempo?

La situación te ha puesto nerviosa, como si estuvieses otra vez en los exámenes de la escuela, ante una pregunta difusa de la que puede depender tu futuro.

- No sé –dices. Me has enseñado como fluye la energía en la naturaleza y como se vincula al doble cuerpo, pero no recuerdo que me hayas indicado hacer nada en casa.
- Tu casa es perfecta –señala el anciano. Es ideal, tiene una armonía fabulosa, por eso no hace falta que hagas nada, aprende de ella, sólo eso puedes hacer.

Cuanto más escuchas menos entiendes. Mi casa es pequeña y lúgubre –dices enfadada. Ahora está vacía pero no tiene color, no tiene vida... -le reprochas gritando.

Pero Kun Shen te interrumpe.

- Eso no es cierto –afirma.
- ¿Cómo puedes saberlo si nunca has estado en ella?

Tu casa y mi casa es la misma, dice el anciano mientras da media vuelta y entra en su cabaña fastidiado; desde el quicio de puerta añade: piensa en lo que te he dicho y tómate todo el tiempo que necesites.

Cuanto más reflexionas sobre el acertijo, menos lo entiendes. Es obvio que tu casa no es tan maravillosa como supone el viejo. Ni la conoces. 'Tu casa y mi casa es la misma', fueron sus palabras, y las repites una y otra vez, como un eco. Quizá sea una indirecta, ¿quiere la casa como pago por sus enseñanzas?, ¡No!, no puede ser... Piensas y piensas pero cada vez entiendes menos.

El Sol inicia su descenso lanzando un tibio calor hacia la Tierra. Te tumbas en ella y sientes como intercambian ternura y afecto ambos astros. Ruedas en la Tierra mientras la tensión acumulada en la discusión te abandona con el suave balanceo. Lentamente, dando tumbos, percibes el aroma de las pequeñas plantas, el sonido de la fuente que no está lejos, la brisa entre los árboles y la música que orquestan sus hojas cuando se mecen... Tendida en el suelo todo te cobija y te cuida, en ese momento te sientes bien y te olvidas a ti misma.

Das una vuelta más sobre la hierba y quedas boca abajo, con los brazos extendidos, intentando dar un abrazo al planeta por su bienestar. Tu vientre está relajado, tus músculos se han soltado tras la crispación e inhalas profundamente la vida que te envuelve... y es cuando lo entiendes, sin un solo pensamiento, es en ese instante fugaz cuando todo queda claro.

La felicidad te conmueve, te inunda por el descubrimiento. De un brinco, te sientas y ves al anciano junto a la fuente sonriendo, como si todo hubiese sido una treta para felicitar el hallazgo. Ya veo que estás en casa, dice. Te das cuenta de que es así, de que tu casa tiene los colores más bellos que nunca hayas visto, que todo lo que necesitas está en ella, simple, sencilla, cálida... no puedes hacer otra cosa más que aprender de ella y abrazarla desde el suelo. Lloras de felicidad.

III

- No te rías –dice el viejo. ‘Dónde está tu casa’ fue la pregunta que dividió a los antiguos geomantes en dos corrientes radicalmente distintas –explica Kun Shen mientras tomáis los rayos de Sol de la tarde apoyados en la pared oeste de su cabaña.
- ¿Fue la división entre la escuela de las formas y la de la brújula?, le preguntas.
- No, no, no, -dice el anciano sonriendo. Las escuelas de las formas y la brújula sólo aplican técnicas diferentes. Me refiero a la manera de ver la vida que unos y otros tenían y sustentaban tras responder la pregunta ‘dónde está tu casa’.

Piensas entonces en tu misma confusión, en lo que te sucedió en la montaña.

- Es tan fácil apoderarse de cualquier lugar y llamarlo casa olvidando al planeta que la sustenta –dices.
- No es algo que sólo le ocurrió a los geomantes chinos –añade Kun Shen con una sonrisa. Es más bien una pregunta existencial y filosófica por la que ha pasado todo el mundo en todas las culturas. ‘¿Dónde está nuestra casa, dónde queremos vivir?’

El impás que deja el viejo te trae recuerdos, distintas viviendas donde transcurrió tu vida, ciudades, gente...

- Para algunos –explica el anciano- la casa son cuatro paredes construidas con los materiales arrancados de la naturaleza. Estos geomantes pusieron sus conocimientos al servicio del poder de turno, ayudaron a encumbrar emperadores y sus séquitos sobre la gente, los animales y la naturaleza. Arriba sólo unos pocos pisoteando la vida que creen suya –dice el anciano y se queda en silencio.

En tu mente aparece esta imagen no como un relato del pasado, sino como algo vivo todavía presente.

- El Feng Shui confucionista se basó en el miedo y en la autoridad –añade el maestro. Seguramente habrás leído sobre sus prohibiciones y malos augurios, de consecuencias fatales de la casa, de la sumisión de la mujer al hombre, de los hijos a los padres, de la gente al poder... todavía hay quienes profesan este culto. El miedo y la superstición hace poner a la gente protectores en sus casas a la espera de que su suerte cambie, sin que cambie nada.

Con una seña, el viejo maestro te hace ver un pájaro que se ha quedado en la hierba picoteando el verde. Es un pájaro negro y pequeño, con una mancha simpática en la cabeza, una mancha roja. El pájaro os mira vivamente, emprende otra vez el vuelo hacia el bosque aleteando y se despide con simpático pío.

- Ha cazado nuestra imagen –dice el anciano mientras su mirada se sumerge en el atardecer.

Por otro lado –prosigue Kun Shen- está el Feng Shui inspirado en la naturaleza, en los movimientos del Cielo y la Tierra, de los tigres y los dragones, de los mitos y la energía, fluido y libre de ataduras. Cualquier casa es suficiente para esta filosofía si se recupera el vínculo con la Tierra, la única casa permanente. Los geomantes antiguos llamaban a esta casa el Vacío – asegura mientras toma el pincel y dibuja el ideograma Tao. Esta línea de aquí –dice mostrando el símbolo- se refiere a un camino permanente, el camino del vacío, el que lleva al origen y el que nos impulsa como a los dragones Shen, a buscar brechas en la nada. Esta otra parte del ideograma, muestra un vagabundo de pelo largo y despeinado, alejado de las normas y convenciones sociales, un cazador incansable de imágenes sin más casa que la Tierra misma y el techo celeste que la cubre.

- Pero entonces –le replicas- este Feng Shui es incompatible con el mundo moderno, las ciudades, la arquitectura...
- El Feng Shui taoísta –añade Kun Shen- siempre ha sido inadaptado con el poder, con la rígida y aburrida organización de las sociedades, con sus reglas aberrantes y su ostentosa arquitectura alejada de la naturaleza. Pero a pesar de ello, no le ha interesado golpearse contra esta realidad o contra cualquier otra; más bien es un camino solitario donde cada quien asume la responsabilidad de ser libre por sí mismo, de reinventarse el mundo y compartirlo con quien lo desee, en cualquier lugar donde la vida se da.

Retienes la estrategia del anciano: no confrontarse, no gastar la vitalidad en ir a la contra, ignorar el mundo rígido y aburrido, construir activamente un universo vivaz y cambiante, repleto de retos y aventuras.

- Entonces, ¿debo dejar la ciudad y peregrinar por los bosques? –le preguntas atraída por la idea y cabreada por la dificultad que entrañaría realizarla en este tiempo.

El viejo sonríe. Deja que el viento pase y dice:

- Debes realizar lo que tú quieras, no hay ninguna norma dictada en este Feng Shui, sólo lo que tu corazón te diga, en cada momento, en cada lugar.

Su respuesta te hace consciente de las palpitaciones que hay en tu pecho y las sienas. Sería más fácil si el viejo te dijese que sí, que debes abandonar tu casa, si te diera una instrucción precisa sin dejarte sola frente a tus sueños y anhelos.

- Ni siquiera tienes que dejar tu casa, ni la ciudad si no lo deseas –añade Kun Shen. En vez de colgar amuletos y tonterías por sus paredes buscando su buena suerte y protección, puedes llevar allí plantas y rocas, elementos que encuentres en la naturaleza, que te agraden y quieran ir contigo en la aventura que les propones; también llévate imágenes que cazas en el vacío, sitúalas en los lugares más destacables de las habitaciones y estancias, y haz que tu vivienda refleje la naturaleza. Luego espera a que el corazón te hable y actúa, vive, es todo lo que tienes que hacer, es más que suficiente.

Reparas que la cabaña del anciano no tiene monedas chinas sobre la mesa, ranas o tortugas, ni siquiera tiene los siempre esperados móviles o cristales de Feng Shui. En cambio, hay

plantas, algunas piedras grandes y de curiosas formas, y hay espacio, a pesar de que no es muy grande. Te agrada esta paradoja.

En su cabaña la naturaleza está con él, entra por las ventanas como los cuadros paisajistas más bellos, la luz llega hasta el centro de cada habitación, se respira aire fresco, la madera de los muebles es suave y agradable, todas sus formas interiores son redondeadas y apacibles, y todo el espacio goza una sencillez y simplicidad exquisita.

La noche está llegando y Kun Shen se ha levantado.

- Ya es tarde –dice. Tienes que volver a casa.

Como una sombra, el viejo se desplaza por la pared hasta que desaparece en la cabaña. Te quedas en el jardín, esperando a la Luna. Sabes que tienes que volver a casa, pero a cuál. Quedas atrapada por el dilema, mientras descubres que en cada uno de nosotros cohabitan dos seres incompatibles. Uno quiere refugiarse en las cuatro paredes, prender la televisión, escuchar lo que es conocido por más desagradable que sea, seguir las normas de la ciudadanía y ocupar un puesto de mando en algún lugar por insignificante que este sea. El otro es un vagabundo, no porque sea pobre sino porque su espíritu es libre, no prende televisores, sólo fuegos ancestrales con destellos de soles y cometas; no busca las emociones en las noticias, sólo imágenes de otros mundos y destinos...

Sería más fácil si uno de ellos estuviese fuera, frente a ti: podrías criticarlo ridiculizarlo, empujarlo, alejarlo, odiarlo e incluso matarlo... pero desafortunadamente, ambos están adentro.

Inicias el descenso por la vereda serpenteante entre los viejos árboles de encinos. Te has abrazado a uno de ellos, de grandes ramas y amplio tronco. Entre sus hojas, la Luna redonda sonríe y te mira curiosa esperando que le des una señal. Esta noche duermo en casa, le dices gritando y agitando tus manos. El búho ha cantado a lo lejos, ayudando a romper de nuevo el silencio, el bosque se recoge sobre sus plantas y animales, y como otra sombra más, te diluye con tus hermanos para dormir y os arrulla, os cobija, hasta que te duermes...

Relato de José Manuel Chica.